

BRUNO SCHULZ

El
J
u
b
i
l
a
d
o



MALDOROR ediciones



BRUNO SCHULZ

El jubilado

Traducción:
Jorge SEGOVIA y Violetta BECK

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Emeryt

[texto extraído de *Sanatorium pod klepsydrą*]

Wydawnictwo Literackie, Kraków 1973

© Primera edición: 2003

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 10 : 84-607-7913-0

MALDOROR ediciones, 2003
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

EL JUBILADO



EL JUBILADO

Soy un jubilado, en el sentido más literal y completo del término, un hombre que ha llegado muy lejos en esa cualidad, un jubilado que –por decirlo de alguna manera– ha sobrepasado su propia condición como tal.

Quizá, en ese sentido, haya ido más allá de ciertos límites definitivos y admisibles. No quiero ocultarlo, y, además, ¿qué hay de extraordinario en ello? ¿Por qué mirarme con esa fingida perplejidad y observarme con ese respeto hipócrita, con esa seriedad que en el fondo sólo encierra una secreta alegría por el dolor ajeno? ¡Cuántas personas carecen del más elemental tacto! Estos casos hay que aceptarlos con toda naturalidad, con una cierta distracción, con la ligereza que en cada momento requieren. Hay que pasar a la orden del día un poco indolentes, canturreando por lo bajo, como yo lo hago: despreocupado y un tanto optimista. Quizá por ello me sienta poco seguro de mis piernas; tengo que poner los pies en el suelo con gran cuidado, un pie delante del otro, para seguir atentamente la dirección. Es muy fácil desviarse de ella en una situación como la mía. El lector comprenderá que no pueda ser demasiado explícito. Mi modo de vida depende, en un grado muy alto, de la perspicacia de los demás, y exige asimismo muy buena voluntad a ese respecto. Voy a recordarlo más de una vez, recordaré sus matices más sutiles, que únicamente pueden expresarse con un guiño discreto, tanto más difícil en mi caso, debido a la rigidez de una máscara que ha perdido la costumbre de la mímica. Además, no me impongo a nadie, estoy muy lejos de deshacerme en agra-

decimientos por ese asilo que, complacientemente, alguien estaría dispuesto a otorgarme con su mejor perspicacia. Y os daría las gracias por ese favor –aunque sin emoción, fríamente–, con una total indiferencia. Me disgustaría que con esa bondad comprensiva se me pasara factura de gratitud. Lo mejor es tratarme con algo de ligereza, con una sana falta de respeto, buen humor y camaradería. Aquí, sí, mis colegas de la oficina, bonachones y simples de espíritu, los más nuevos en la jerarquía, han encontrado el tono conveniente.

En ocasiones aún paso por la oficina, por costumbre, hacia primeros de mes, y, sin decir nada, me detengo en la balaustrada esperando a que me vean. Entonces, tiene lugar la siguiente escena: en un momento dado el jefe de la oficina, Kawałkiewicz, aparta la pluma del papel, dirige un guiño a los empleados, y dice repentinamente mirándome como si mirara al vacío, con la mano detrás de la oreja:

– Si no me engaña el oído, es usted, señor consejero, quien está aquí, en algún lugar de esta habitación, entre nosotros.

Sus ojos entonces miran al vacío –por encima de mí– algo bizqueantes, y en su cara se dibuja una sonrisa burlona.

– Oí una voz en los espacios celestes y enseguida pensé que se trataba de nuestro querido señor consejero –exclama en voz alta, con fuerza, como si se dirigiera a alguien que está muy lejos–. Haga una señal, agite un poco el aire ahí donde se encuentra.

– Ríase si quiere, señor Kawałkiewicz –le digo en voz baja, directamente a su cara–, pero vengo a cobrar mi pensión de jubilado.

– ¿Su pensión? –exclama Kawałkiewicz mirando al aire con sus ojos bizcos–. ¿Dijo usted su pensión? Usted bro-

mea, mi querido señor consejero. Hace ya mucho tiempo que ha sido borrado de la lista de jubilaciones. ¿Cuánto tiempo piensa cobrar la pensión, buen hombre?

De esa manera bromea conmigo; de manera cálida, vivificante y humana. Esa ruda jovialidad, ese modo de agarrarme del brazo carente de toda ceremonia, me producen un extraño alivio. Salgo de allí reconfortado, más animado, y me apresuro para regresar a mi casa y llevar conmigo un poco de ese íntimo calor humano, que ya se ha volatilizado.

Sin embargo, otras personas... ¡Esa pregunta insistente, nunca formulada, que leo siempre en sus ojos! Imposible eludirla. Supongamos que es así... ¿por qué esas caras largas, solemnes, ese silencio que retrocede respetuoso, esa temerosa circunspección? Para no herirme con la menor palabra, para silenciar delicadamente mi condición... ¡Ah, cómo conozco ese juego! Por parte de esa gente se trata de una forma sibarítica de encontrarse a gusto, de satisfacerse en la suerte que tienen de ser distintos, de un rechazo de mi situación, lo cual enmascaran hipócritamente. Intercambian expresivas miradas y se callan, dejando que la cosa se desarrolle en silencio. ¡Mi condición! Quizá no sea del todo correcta. Es posible que contenga una insignificante tara, aunque de naturaleza esencial. ¡Dios mío! ¿Y qué? Esa no es razón suficiente que pueda justificar esa rápida y asustada manera de querer hacerme concesiones. A veces tengo ganas de reír cuando observo que esa comprensión se hace más melodramática, esa rauda aprobación con la que –diría– hacen sitio a mi condición. Como si fuera un argumento irreprochable, final, sin apelación. ¿Por qué insisten tanto sobre ese punto, por qué tiene para ellos una importancia capital, y por qué –si lo confirmo– dejan ver entonces la satisfacción profunda que escondían tras una máscara de falsa devoción?



Admitamos que soy, por así decirlo, un ser de peso ligero –en realidad, extraordinariamente ligero–; admitamos que algunas preguntas me molesten, por ejemplo: qué edad tengo, cuándo celebro mi onomástica, y otras por el estilo. ¿Se encuentra ahí una razón suficiente como para dar vueltas una y otra vez en torno a esas cuestiones como si se tratara de lo esencial? No es que me avergüence de mi condición. En absoluto. Mas, no puedo soportar la exageración ni la desmesurada importancia que se da a ciertos hechos, a ciertas diferencias, y, que, en realidad, son tan insignificantes como el espesor de un cabello. Me hace reír toda esa falsa teatralidad, ese pathos solemne con que se circunscribe mi caso, ese momento disfrazado con trágico ropaje de lúgubre pompa. Pero ¿en realidad, qué? No hay nada más desprovisto de pathos, más natural, más banal en el mundo. Ligereza, independencia, irresponsabilidad... Y musicalidad, una extraordinaria musicalidad de los miembros, si se puede expresar así. No podemos pasar al lado de un organillo sin ponernos a bailar. No de alegría, sino porque todo nos da igual, y la melodía contiene su propia voluntad, su obstinado ritmo. Entonces cedemos. “Oh, Margarita, tesoro de mi alma...” Uno es demasiado ligero, indefenso, y no puede oponerse; y, además, ¿por qué oponerse a una propuesta tan tentadora, tan desprovista de pretensiones? Entonces, bailo, o, más bien, doy pequeños saltos mientras sigo el ritmo de la melodía, con el diminuto paso de los jubilados, dando un brinco de vez en cuando. Por lo demás, pocos son los que se dan cuenta. Cada cual está sumido en esa carrera de los asuntos cotidianos. Pero quisiera advertir al lector de una cosa: que no se forje opiniones exageradas respecto a mi condición. En este momento quiero prevenirle contra todo tipo de sobreesti-

ma. Y tanto *in plus* como *in minus*. Nada de romanticismo. Es una condición como otra cualquiera, que lleva implícito el rasgo característico de la comprensión más natural y más intrascendente. Todo lo paradójico desaparece cuando nos encontramos de este lado del asunto. Una gran iluminación: así podría denominarse mi condición actual; despojado de cualquier carga, una ligereza de danza, vacío, irresponsabilidad, nivelación de las diferencias, disolución de todos los lazos, abolición de barreras. Nada me retiene y nada me oprime: no opongo resistencia, tengo una libertad libre. Esa extraña indiferencia con la que me desplazo, casi levitando, a través de todas las dimensiones de la existencia, debería ser agradable ¿no les parece? No puedo quejarme de esa anodina condición, de esa ilimitada ciudadanía, de esa falta, casi total, de preocupación, que se mantiene sin interés por las cosas, y sin peso. Hay una expresión que dice: no calentar nunca el mismo sitio. Y eso, eso mismo hago yo desde hace tiempo: no caliento el mismo sitio.

Cuando desde la ventana de mi habitación, situada en lo alto, contemplo la ciudad, sus techumbres, las paredes calcinadas y las chimeneas entre la parda luz otoñal, todo ese paisaje espesamente poblado, visto desde la perspectiva de un pájaro y apenas surgido de la noche, cuando apunta su palidez hacia los amarillos horizontes, cortado en luminosas estrías por los tijeretazos negros y ondulantes del graznido de las cornejas, siento, entonces siento: he ahí la vida. Los demás se han sumido en sí mismos y en algún día hacia el cual despiertan, en alguna hora que les pertenece, o solamente en un instante. Allí, en algún lado, en la cocina invadida de una tenue penumbra, hierve el café, la cocinera ha salido, y el sucio resplandor de la llama danza sobre el

suelo. El tiempo, engañado por el silencio, fluye de nuevo unos latidos y retrocede, y, durante esos momentos marginales, la noche comienza a crecer bajo la delicada piel ondulante del gato. Zosia, en el primer piso, bosteza y se estira perezosamente, antes de abrir la ventana al comenzar la limpieza; el aire de la noche, saciado de ronquidos y sueño, peregrina abúlicamente hacia la ventana y se funde en la parda y humeante grisura del día. La muchacha hunde sus manos aletargadas en la masa de las sábanas, todavía caliente y fermentada por el sueño. Finalmente, con un escalofrío interior –y los ojos colmados por la noche– sacude el pesado edredón y entonces las vedijas, las estrellas del plumón, el vago semen de las ensoñaciones nocturnas, vuelan sobre la ciudad.

Entonces, sueño con ser un repartidor de pan fresco, un montador de redes eléctricas o bien un cobrador del Seguro de Enfermedad. O, incluso, un deshollinador. Por la mañana, al despuntar el día, se entra por un portal semiaabierto, a la luz de la linterna del portero, llevando dos dedos a la gorra como saludo, con una broma en los labios, y uno se introduce en el laberinto para abandonarlo más tarde, ya de noche, en el otro extremo de la ciudad. Durante el día ir de acá para allá, llevar una conversación interminable, confusa, dividida entre los inquilinos de toda la ciudad; preguntar algo en una casa y recibir la contestación en la siguiente; bromear en un lugar dado y, pasado largo tiempo, recoger los frutos de la risa en otra parte. Escabullirse entre puertas que crujen, por estrechos pasillos, por dormitorios barrocammente amueblados, revolcar orinales, golpearse contra chirriantes cochecillos en los que lloran los pequeños; agacharse a recoger los sonajeros que dejan caer los bebés. Permanecer más de lo necesario en las



cocinas y vestíbulos, donde trabajan los sirvientes. Las muchachas –apresuradas– tensan sus jóvenes piernas, hacen resonar y brillar la baratija de sus zapatos al golpear el suelo con sus tacones.

Esos son mis sueños en esas horas irresponsables, en esas horas marginales. No reniego de ellos, aunque soy consciente de su falta de sentido. Todos deberíamos conocer los límites de nuestra condición y saber lo que más nos conviene.

Para nosotros, los jubilados, el otoño es habitualmente una estación peligrosa. Para quien sabe con qué dificultad se llega, en nuestra condición, a un cierto equilibrio, lo complicado qué es –precisamente para nosotros, los jubilados– evitar la dispersión, evitar perdernos de nuestras propias manos, comprenderá que el otoño, con sus borrascas, sus conmociones y confusiones atmosféricas, no es favorable para nuestra existencia, ya de por sí tan mermada.

No obstante, el otoño también tiene días diferentes, llenos de tranquilidad y ensueño, que nos reciben con clemencia. A veces sobrevienen esos días sin sol, templados, brumosos, con sus lejanos contornos de color ámbar. En el intersticio que hay entre las casas se abre inesperadamente una profunda vista que da a un jirón del cielo, que parece descender cada vez más abajo, hasta desvanecerse definitivamente con ese último tono ambarino en los más lejanos horizontes. En esas perspectivas que se abren sobre el fondo del día, la mirada se demora como por las páginas archivadas de un calendario; como en un corte transversal, percibe la estratificación de los días, los registros infinitos del tiempo cayendo como cantos rodados en la amarilla y clara eternidad. Todo eso se despliega y organiza en pizarras formaciones –perecederas– del cielo, mientras

ocupan un primer plano el día actual y el instante, y sería extraño que viéramos a alguien levantar la mirada hacia las ya lejanas huellas de ese ilusorio calendario. Con el cuerpo ligeramente encorvado todos se apresuran hacia alguna parte, se cruzan sin establecer contacto, y toda la calle parece dibujada por las huellas de esos pasos, de esos encuentros y desencuentros. Pero en ese intersticio que hay entre las casas, por donde la mirada puede trazar una elipse sobre la ciudad y el panorama arquitectónico iluminado en su fondo por un trazo resplandeciente que se desvanece en los desangelados horizontes, hay un intervalo, una pausa en todo ese tumulto. Allí, en una plaza amplia y clara, se parte y corta leña para la escuela municipal. Apilada en forma de cubos y cuadrados hay quintales de una madera sana, recia, desgajada poco a poco, leño tras leño, bajo las sierras y las hachas. ¡Oh!, la madera, esa materia confiada, noble, llena de valor y completamente leal: encarnación de la honestidad y la prosa de la vida. Por muy a fondo que se busque en el interior de su médula no se encontrará nada que no se haya revelado en la superficie, simplemente y sin restricciones, siempre con la misma sonrisa clara, con la cálida y firme luminosidad de su fibrosa pulpa tejida a semejanza del cuerpo humano. A cada nueva resquebrajadura de la madera aparece un rostro nuevo, que, no obstante, siempre es el mismo, sonriente y dorado. ¡Oh, extraña tez de la madera, cálida sin exaltación, enteramente sana, olorosa y agradable!

Un acto verdaderamente sacramental, lleno de solemnidad, simbólico. ¡Cortar leña! Podría permanecer horas y horas en esa luminosa hendidura abierta en el fondo de un mediodía tardío, contemplando esas sierras melódicas, el rítmico trabajo de las hachas. He aquí, pues, una tradición

tan antigua como el género humano. En esa brecha del día, en esa esquina abierta hacia la eternidad ambarina y marchita, se corta la madera de haya desde los tiempos de Noé: los mismos movimientos patriarcales y eternos, los mismos impulsos, las mismas posturas. Hundidos hasta las axilas entre el maderamen dorado, hienden poco a poco sus sierras y hachas en esa materia cálida y sana, en la masa uniforme, profundizando en ella, y, con cada golpe, sus ojos fulguran como si buscaran algo en el corazón del árbol, como si quisieran llegar a una salamanquesa de oro: un pequeño ser llameante que se escapa siempre hacia el fondo de la pulpa. Aunque no; simplemente dividen el tiempo en minúsculos leños, lo administran, llenan los sótanos a la espera del invierno, con esa sólida materia cortada en idénticos trozos.

Porque una vez superado ese tiempo crítico, esas pocas semanas, comenzarán ya las pequeñas heladas matinales y el invierno. Yo encuentro en esa obertura invernal, aún sin nieve, un encanto supremo, cuando ya trae en el aire el olor del frío y del humo. Recuerdo esos mediodías de domingo de un otoño tardío. Imaginemos que ha llovido durante toda la semana anterior, en el largo grisor otoñal, hasta que la tierra se hubiera saciado de agua y que, ahora, comienza de pronto a secarse, su superficie virando a un tono opaco, exhalando un frescor sano y vigoroso. El cielo de toda la semana, con su desfile de andrajosas nubes, es rastrillado –como fango– hacia un borde del firmamento, por el que se extiende oscuro, amontonado, plegado, arrugado. Y después, por el oeste, comienzan a asomar, como saliendo de un sueño, los colores sanos y llenos de verdor de la tarde otoñal que tiñen el paisaje nuboso. Y cuando el cielo poco a poco comienza a clarear por el lado de poniente, esparcien-



do una nítida luminosidad, llegan entonces las sirvientas –atildadas, con sus mejores ropas– en grupos de tres, o de cuatro, y cogidas de la mano atraviesan la calle vacía y limpia, de una limpieza festiva y recién inaugurada, calle que lleva hasta las variopintas casas suburbiales envueltas en esa tonalidad cruda del aire ya purpúreo antes del crepúsculo; con sus sanas y robustas caras enrojecidas por el frío caminan moviendo elásticamente sus pies calzados en zapatos nuevos y estrechos. ¡Oh, sugerente y conmovedor recuerdo extraído de algún rincón de la memoria!

Últimamente iba casi todos los días a la oficina. En ocasiones, ocurre que alguien se pone enfermo y, entonces, me permiten trabajar en su lugar. También a veces, simplemente, alguien tiene que arreglar un asunto urgente en la ciudad y se deja sustituir en el trabajo. Aunque, lamentablemente, no es una ocupación regular. Pero resulta agradable, aunque sólo sea por algunas horas, tener su propia silla con cojín de cuero, reglas, lápices y plumas. Resulta confortante sentirse apoyado, ser acogido con gentileza por los colegas. Alguien se dirige a ti, otro te dirá una palabra, o te gastará una broma, una inocente burla, y vuelves a florecer por un instante. Deseamos atenernos a algo, aferramos nuestra existencia vagabunda, nuestra nimiedad, a lo vivo y cálido. Este otro se va sin sentir mi peso, no se da cuenta que lleva mi carga encima, que durante un momento arrastra sobre sus hombros una vida parasitaria...

Pero todo eso ha terminado desde que llegó el nuevo jefe de la oficina.

Ahora me siento con frecuencia, cuando hace buen tiempo, en un banco de la ajardinada plazoleta que hay frente a la escuela municipal. De una calle vecina llega el eco de las hachas cortando la madera. Las muchachas jóvenes y las

mujeres regresan del mercado. Algunas tienen cejas severas y regulares, miran con ojos desafiantes y caminan esbeltas y sombrías: ángeles con cestas repletas de verduras y carne. En ocasiones se detienen delante de las tiendas y se miran en los escaparates. Después, se alejan echando una mirada –orgullosa y crítica– hacia atrás, o sobre la punta de sus zapatos. A las diez sale el conserje al umbral de la escuela y su escandalosa campanada llena la calle con su estruendo. Entonces, el interior de la escuela parece sacudido por un súbito y violento estrépito que amenaza derrumbar el edificio. Como si fueran prófugos, salen huyendo a través de la puerta esos pequeños desarrapados, entre gritos, saltando por las escaleras de piedra, para entregarse –desde el momento en que se ven libres– a temerarios ejercicios, a empresas arriesgadas, que improvisan ciegamente. A veces, en esas locas carreras, llegan hasta mi banco y me dirigen incomprensibles injurias. Las caras parecen desencajarse cuando me azuzan con violentas muecas. Como una camada de monos comentando y parodiando sus propias payasadas, pasan por delante de mí, gesticulando, con un griterío infernal. Entonces veo sus pequeñas narices respingonas, apenas insinuadas, incapaces de retener el moco, sus bocas desgarradas por un grito y sus labios cubiertos de pústulas, y los pequeños puños apretados. En ocasiones se detienen frente a mí. Y, cosa extraña, me toman por alguien de su edad. Mi talla se atrofia desde hace tiempo. Mi cara relajada y floja adquirió una apariencia infantil. Me siento un poco turbado cuando me tocan sin cumplidos. En cierta ocasión, por primera vez uno de ellos me dio un golpe en el pecho y fui a caer debajo del banco. Pero no me enfadé. Ellos me sacaron de allí plácidamente, confundido y maravillado por

aquella actitud tan nueva como vivificante. El hecho de no mostrarme ofendido por la violencia de su impetuoso *savoir-vivre*, me valió sus simpatías y una popularidad creciente. Es fácil adivinar que, desde entonces, proveo mis bolsillos de una conveniente colección de botones, piedras, bobinas y trozos de goma. Eso facilita enormemente el intercambio de puntos de vista y constituye un puente natural para entablar amistades. Además, preocupados por las cosas que son de su interés, me prestan menos atención. Bajo la protección de todo el arsenal que saco de mi bolsillo, no tengo por qué temer que su indiscreción y su curiosidad sean demasiado molestas.

Finalmente, he decidido llevar a cabo una idea que desde hace tiempo me rondaba la cabeza.

Era un día sin viento, suave y amodorrado, uno de esos días del otoño tardío, cuando el año, habiendo agotado los colores y los matices de esa estación, parece volver a los registros primaverales del calendario. El cielo sin sol se ordenó en estrías multicolores, en delicados estratos de cobalto, cárdeno, amatista, cerrados en su límite por una orla de blancura limpia como el agua. Eran los colores de abril, inexpresables y hacía tiempo olvidados. Me vestí con mis mejores ropas y salí a la calle con cierto nerviosismo. Caminaba de prisa, sin encontrar obstáculos, a través de la calma del día, sin desviarme nunca del camino recto. Casi sin aliento, ascendí las escalinatas de piedra. *¡Alea iacta est!* me dije, mientras golpeaba la puerta del despacho del director. Una vez dentro, me detuve adoptando una postura modesta ante el escritorio del director, como convenía a mi nuevo papel. Estaba ligeramente confuso.

El director extrajo de un recipiente de cristal un escarabajo clavado en un alfiler y lo acercó oblicuamente a sus ojos,



observándolo a contraluz. Tenía los dedos manchados de tinta, sus uñas eran cortas y planas. Me miró por encima de sus gafas.

– Usted, señor consejero, ¿quiere matricularse en el primer curso? –dijo–. Es algo muy loable y digno de estimación. Lo entiendo, desea reconstruir su educación desde la base, desde los fundamentos. Siempre lo he dicho: la gramática y la tabla de multiplicar, esas son las bases de la instrucción. Naturalmente, señor consejero, no podemos tratarle como a un alumno incluido en la escolarización obligatoria. Sino, más bien, como un oyente, un veterano del abecedario, si puede ser expresado así, que, tras una larga vida errante, retorna para amarrar en el banco escolar. Que dirige su nave desamparada hacia este puerto, permítame la expresión. Sí, sí, señor consejero, pocos nos manifiestan tal agradecimiento, ese reconocimiento a nuestros méritos, para –después de un siglo de trabajo y dificultades– volver a nosotros y quedarse definitivamente como un repetidor voluntario y vitalicio. Usted, señor consejero, disfrutará de derechos excepcionales. Siempre lo he dicho...

– Perdona –le interrumpí– pero quisiera hacer notar que renuncio por completo a mis derechos excepcionales... No, no quiero privilegios. Al contrario... No quisiera diferenciarme en nada, quiero fundirme lo más posible con la masa gris de la clase, desaparecer en ella. Todo mi proyecto perdería su sentido si me sintiera en algún aspecto privilegiado frente a los demás. Incluso, si se trata del castigo físico –aquí levanté un dedo– acepto plenamente su influencia saludable y moralizante; le subrayo con claridad que no haga ninguna excepción conmigo.

– Muy loable, muy pedagógico –dijo el director con respeto–. Además creo –añadió– que su instrucción, como consecuencia de una larga inactividad, presenta efectivamente ciertas lagunas. En ese aspecto, nos dejamos llevar muchas veces por ilusiones optimistas que luego se disipan fácilmente. ¿Recuerda, por ejemplo, cuántas son cinco por siete?

– Cinco por siete –repetí avergonzado, sintiendo cómo el desconcierto afluyó en olas suaves a mi corazón y borraba la claridad de mis pensamientos. Confundido por mi propia ignorancia, maravillado por esa vuelta a la inconsciencia infantil, comencé a balbucear y repetir: cinco por siete, cinco por siete...

–Ya ve usted –dijo el director–, ha llegado a tiempo para reinscribirse en la escuela–. Después, me cogió de la mano y me llevó a la clase donde iba a estudiar.

De nuevo, como medio siglo antes, me encontré entre esa algarabía, en esa sala hormigueante, oscurecida por numerosas cabezas en movimiento. Estaba allí –en medio, de pie, muy pequeño– agarrando los faldones del director, mientras cincuenta pares de jóvenes ojos me observaban con la indiferencia y la cruel objetividad de los pequeños animales al ver a un individuo de su misma especie. Me dirigían sus muecas desde todas partes, me hacían gestos con una rápida y fugaz hostilidad, me sacaban la lengua. Recordando la buena educación que antaño había recibido, no reaccioné ante esas provocaciones. Al mirar aquellas caras que no dejaban de moverse, recordé una situación semejante ocurrida cincuenta años atrás. Entonces, estaba al lado de mi madre, mientras ella hablaba con la maestra. Ahora, en lugar de ella, el director susurraba algo al oído del profesor que asentía con la cabeza, escrutándome atentamente.

– Es huérfano –al final se dirigió a la clase–, no tiene padre ni madre, no le tratéis mal.

Al oír ese breve comentario, las lágrimas, las verdaderas lágrimas conmovedoras asomaron a mis ojos, y, entonces el director, emocionado, me empujó hacia el primer banco.

A partir de aquel momento comenzó para mí una nueva existencia. La escuela me absorbió completamente. Jamás, en la época de mi vida pasada, había estado ocupado con tantos asuntos, intrigas y cosas que me concernían. Vivía en medio de un gran ajetreo. Por mi cabeza pasaban mil intereses diversos. De todas partes me llegaban señales, telegramas, gestos de complicidad, los inevitables psst psst, guiños de ojo, y se me recordaba de todas las formas posibles las obligaciones que yo había suscrito. Me impacientaba esperando el final de la clase, durante la cual, debido a mi innata decencia, soportaba estoicamente todos los ataques para no perder ni una palabra de la lección del profesor. Así, cuando sonaba el timbre, la vociferante chusma se abalanzaba sobre mí con un ímpetu vigoroso dejándome casi hecho pedazos; llegaban corriendo por encima de los bancos, tambaleando los pupitres a su paso, saltaban sobre mi cabeza, no paraban de dar volteretas. Cada uno aullaba sus pretensiones en mi oído. Me convertí en el centro del interés general: las transacciones más serias, los asuntos más complicados y delicados, no podían llevarse a cabo sin mi participación. Por la calle, caminaba siempre rodeado por una pandilla vociferante que gesticulaba con vehemencia. Los perros nos presentían ya desde lejos escondiendo sus rabos entre las patas, los gatos saltaban a los tejados cuando nos acercábamos y los muchachos solitarios que nos cru-



zábamos por el camino escondían la cabeza entre los hombros con un fatalismo pasivo, esperando lo peor.

El aprendizaje escolar no había perdido para mí nada de su novedoso encanto. Sirva como ejemplo el arte de silabear: el profesor apelaba a nuestra ignorancia, haciéndola resaltar con gran habilidad y astucia, hasta que llegaba a la *tabu - la rasa* que era la base de la educación. Una vez que había eliminado de esa manera todos nuestros prejuicios y hábitos, comenzaba la instrucción desde sus fundamentos. Entonces, con dificultad y esfuerzo pronunciábamos las sílabas sonoras, resoplando por la nariz durante las pausas y apoyando el dedo sobre las letras del libro, una detrás de otra. Mi abecedario tenía las mismas huellas del dedo índice –más gruesas en las letras difíciles– que los de mis compañeros.

Una vez, no recuerdo bien por qué, el director entró en nuestra clase y, en medio del repentino silencio que se hizo, señaló con el dedo índice a tres de nosotros, uno de los cuales era yo. Debimos acompañarle inmediatamente a su despacho. Sabíamos lo que iba a pasar y mis dos cómplices se pusieron a llorar antes de que sucediera. Observé con indiferencia su precipitado arrepentimiento, sus caras deformadas por el repentino llanto, como si con las primeras lágrimas se les hubiese desprendido la máscara humana y expusieran al desnudo toda la masa informe de su tez llorosa. En cuanto a mí, yo estaba tranquilo y, con la determinación de las naturalezas morales y justas, me abandonaba al curso de los acontecimientos dispuesto a sufrir con estoicismo las consecuencias de mis actos. Esa fuerza de carácter con aire de dureza no le gustó al director cuando acudimos ante él los tres culpables (el profesor asistía a la escena con una vara en la mano). Desabroché distraí-

damente el cinturón, y el director, percatándose de ese movimiento exclamó:

– ¡Qué vergüenza! ¿Es posible? ¡A su edad! –y miró escandalizado al profesor–.

– Un extraño capricho de la naturaleza –añadió con una mueca de desagrado. Después, tras ordenar a los pequeños que se marcharan, me soltó un extenso y grave sermón, lleno de desaprobación y desprecio. Pero yo no le entendía. Mordiendo torpemente mis uñas, mirando con apatía al vacío, dije:

– Señor pofesor, fue Wacek quien escupió en el panecillo del señol pofesor.

Me había convertido verdaderamente en un niño.

Para dar las clases de gimnasia y dibujo, nos trasladábamos a otra escuela donde había aparatos y salas preparadas para esas materias. Marchábamos en parejas charlando apasionadamente, introduciendo en cada calle la repentina coloratura entremezclada de nuestras voces de sopranos.

Esa escuela era un enorme edificio de madera –un teatro transformado– viejo y plagado de anexos. El interior de la sala de dibujo se parecía a un gran baño público, cuyo techo estaba apuntalado por pilares de madera; una galería rodeaba la pared en toda su extensión y, en ocasiones, subíamos allí, raudos, invadiendo las escaleras que resonaban como una tormenta bajo nuestros pies. Las numerosas habitaciones laterales se prestaban perfectamente al juego del escondite. El profesor de dibujo no venía nunca, y nosotros nos divertíamos sin moderación. De vez en cuando, irrumpía el director de la escuela, castigaba en un rincón a los más alborotadores, tiraba de las orejas a los más frenéticos, pero –apenas volvía la espalda para cruzar la puerta– otra vez comenzaba la algarabía.

No oíamos el timbre que anunciaba la terminación de la clase. Afuera, la tarde otoñal se tornaba breve y de matizados colores. Algunas madres venían a buscar a sus hijos y se los llevaban, gruñendo y soltándoles un par de azotes. Para los demás, privados de esa atención familiar, comenzaba entonces el verdadero juego. Sólo al anochecer, cuando cerraba la escuela, el viejo conserje nos enviaba a casa. Por la mañana, a la hora en que nos dirigíamos hacia la escuela, reinaba todavía una espesa oscuridad; la ciudad seguía envuelta en un sordo sueño. Avanzábamos a ciegas, con las manos extendidas ante nosotros, haciendo crujir las hojas secas que se amontonaban en las calles. Con el tacto, adivinábamos las paredes de las casas para no perdernos. Inesperadamente, palpábamos en algún recodo la cara de un amigo que venía en dirección opuesta. Cuántas risas, adivinanzas y sorpresas provocaba esa situación. Algunos llevaban velas, y, cuando las encendían, la ciudad se sembraba de pequeñas luminarias que avanzaban en un tembloroso zigzag, encontrándose y apartándose para iluminar un árbol, un círculo de tierra, un montón de hojas marchitas donde los pequeños buscaban castañas. Ya se encendían en algunas casas las primeras lámparas; una luz opaca, aumentada por los ventanales acristalados, caía sobre la noche urbana y forjaba insólitas apariciones sobre la plaza situada delante de la casa, sobre el ayuntamiento, sobre las ciegas fachadas de los edificios. Y cuando alguien, con una lámpara en la mano iba de una habitación a otra, los enormes rectángulos luminosos giraban como las páginas de un colosal libro, y la plaza parecía moverse dislocando las casas y las sombras, como si estuviese jugando al azar con una inmensa baraja. Finalmente, llegábamos a la escuela. Las velas se apagaban, nos invadía la



oscuridad, y, a tientas y a ciegas, alcanzábamos nuestros asientos. Más tarde, entraba el maestro, colocaba una vela en una botella y daba comienzo a la aburrida repetición del vocabulario y las declinaciones. Debido a la falta de luz, la enseñanza se limitaba a lo verbal y memorístico. Mientras alguien recitaba monótonamente, nosotros mirábamos, entrecerrando los ojos, cómo surgían flechas doradas del cirio, zigzags enmarañados, y cómo se confundían –chascando como la paja– entre los ojos entornados. El profesor vertía tinta en los tinteros, bostezaba, auscultaba la negra noche a través de una pequeña ventana. Debajo de los bancos imperaba una profunda sombra. Nos hundíamos en esa seda negra, entre risas, andábamos a gatas, nos olfateábamos como animales, en voz baja y a oscuras realizábamos nuestras acostumbradas transacciones. Nunca olvidaré aquellas horas felices en la escuela, cuando, detrás de los cristales, lentamente crecía la aurora.

Llegó por fin la época de los vientos otoñales. Ese día, por la mañana, el cielo se tornó ambarino y tardío, moldeado por líneas difusas y griseas de paisajes imaginarios, por desiertos vastos y nubosos que desaparecían detrás de pequeños bastidores de colinas y pliegues, multiplicados y disminuidos en la perspectiva. Lejos, hacia el este, se interrumpían de pronto como ante el borde ondulante de un telón corrido, y dejaban ver el plano siguiente: un cielo más profundo, la brecha de una blancura asustada –la luz pálida y huidiza de la lejanía más lejana–, diluida, que finalizaba y se cerraba en el horizonte con un estupor definitivo. Como en los grabados de Rembrandt, por aquellos días se vieron –bajo señales luminosas– lejanos y microscópicos países que, antes nunca vistos, fueron apareciendo por detrás del horizonte, empapados de una luz violenta y pavo-

rosa, mostrándose bajo esa grieta iluminada del cielo, como surgidos de otra época y otro tiempo, igual que la tierra prometida que sólo por un momento aparece ante los seres que infinitamente la añoran.

En ese paisaje en miniatura, traslúcido, se veía con toda claridad cómo un tren avanzaba por la sinuosa –y casi imperceptible– línea férrea, exhalando un rosario de humo plateado que se desvanecía más tarde en la nada transparente.

Enseguida se levantó el viento. Parecía escaparse por esa hendidura brillante del cielo: se arremolinó y se esparció por la ciudad. Estaba compuesto de blandura y suavidad, pero –en su extraña megalomanía– se volvía brutal y violento: moldeaba, derriba y torturaba el aire, que, al fin, moría beatíficamente. De súbito, se tensaba en el espacio, se encabritaba, se desplegaba como las velas de una nave, grandes, crispadas, restallantes como látigos, se retorcía en duros nudos estremecidos de tensión, con una expresión severa, como si quisiera apretar todo el aire contra el vacío; después, tiraba del cabo suelto, deshacía el falso nudo, y, entonces, una milla más lejos, lanzaba silbando su lazo: ese bucle estrangulador que no capturaba nada.

¡Y qué no hacía con el humo de las chimeneas! El pobre humo ya no sabía cómo escapar a sus reprimendas, cómo inclinar la cabeza –si a derecha o izquierda– para evitar los golpes. Y, así se propagaba por la ciudad, como si ese día quisiera de una vez para siempre estatuir un memorable ejemplo de su ilimitada anarquía.

Desde la mañana tuve el presentimiento de que iría a ocurrir una desgracia. Atravesé con mucha dificultad la borrasca. En las esquinas de las calles, en los cruces de las corrientes de aire, mis compañeros me sujetaban por los

faldones. Logré así remontar la ciudad y todo iba bien. Después, fuimos a la otra escuela para dar la clase de gimnasia. Por el camino compramos unos bizcochos. La larga serpiente de alumnos, que caminaba por parejas charlando con vehemencia, atravesaba el portal hacia el interior. Un instante más y me hubiese salvado, habría estado protegido y seguro hasta el anochecer. Incluso, en caso de necesidad, hubiese podido pasar la noche en la sala de gimnasia. Y algunos fieles colegas me hubieran hecho compañía durante ese tiempo. Pero la desgracia quiso que Wicek tuviera ese día un trompo nuevo y lo lanzase con todas sus fuerzas en el umbral de la escuela. El trompo ronroneaba, se formó una algarabía en la puerta, me empujaron hacia fuera y el torbellino me arrastró. “¡Queridos compañeros, socorro!” –grité, suspendido ya en el aire. Aún pude ver sus brazos levantados, sus bocas abiertas en un grito, y, un momento después, di una voltereta y volé trazando una espléndida línea ascendente. Ahora sobrevolaba los tejados. Sin aliento, veía con los ojos de la imaginación a mis compañeros levantando la mano en clase, agitando enérgicamente los dedos mientras le gritaban al profesor: “Señor profesor, a Szymcio se lo llevó...” El profesor miró a través de sus gafas. Se acercó tranquilamente a la ventana, y, protegiendo sus ojos con la mano, observó el horizonte. Pero ya no pudo avistarme. Su cara, a la óni que luz del cielo palidecido, se apergaminó. “Hay que borrarlo del registro”, dijo amargamente, y regresó a su mesa. Pero yo me sentía arrastrado, cada vez más alto, hacia los espacios inexplorados y amarillos del otoño.



Милане Казимирова Редиторской и вращающимися пестрице

В. М. Малевич

24. III 1924

